

—Sí, Caoniana, tú eres buena, tú eres bella, tú no has nacido para vivir en la esclavitud de la idolatría.

Tú debes amar á nuestro Dios.

Tú debes ser el ángel salvador de tus hermanos.

Ayudarnos á demostrarles la verdad, á brindarles los consuelos de la religion, que ya late en tu pecho, porque veo que asoman á tus ojos lágrimas de emocion dulcísima.

—Sí, sí, dijo Caoniana. Yo quiero amarle como vos; enseñadme á hablar vuestro idioma.

Yo lo aprenderé pronto, ó lo adivinaré, porque deseo adivinarlo.

—Para que te purifiques á los ojos de nuestra religion, necesitas ser bautizada, dijo Aguilar á Caoniana.

Nosotros tenemos ministros como vuestros butios.

Ellos te enseñarán á conocer los misterios del cristianismo.

—Pronto, pronto, llevadme á su lado, no os apartéis de mí; hablando con vos soy dichosa.

Aguilar se apresuró á conducirla á la capilla que habian levantado los españoles para rendir culto á su Dios.

—¿Cómo se llama vuestro jefe? preguntó Caoniana.

—Hernan Cortés.

—Es bueno, ¿no es verdad?

—Tan bueno como valiente, dijo Aguilar con entusiasmo.

—¿Y me protegerá?

—Defenderá tu vida aun á costa de la suya, dijo Aguilar.

—Yo no quiero separarme de vos.... Yo quiero ir con él á todas partes.

¡Pobre Caoniana!

Sin saberlo, estaba enamorada del valiente caudillo.

Pero enamorada con toda su alma.

CAPITULO XXXIII.

La paz.



HERNAN Cortés no podia desechar la impresion que habia producido en él la jóven india.

La veia en todas partes, y se recreaba contemplando su radiante belleza.

¡Cosa extraña!

Habia algo en él, que al mismo tiempo que le recordaba sus deberes le traia á su memoria el perfume de su primer amor, le embelesaba y estuvo á punto de faltar á la fe jurada para entregarse con la impetuosidad del torrente, largo tiempo oprimido, á una pasion digna de su carácter, digna del gran teatro en donde aparecia su figura, digna del aire ardiente que respiraba en aquella candente atmósfera de los trópicos.

El hombre que no habia tenido miedo de un poderoso ejército, huyó de la presencia de Caoniana.

La jóven aceptó con tanta fe los consejos de Aguilar, que á los tres dias fué bautizada con gran pompa, y recibió el nombre de Marina, apadrinándola Hernan Cortés.

No hubo uno solo entre todos los españoles que no sintiera al mismo tiempo cariño y veneracion hácia aquella mujer.

Pero instintivamente comprendieron todos el sentimiento que habia despertado en el alma de Hernan Cortés, y dominaron los instintos que se despertaron en ellos.

Amaban tanto á su jefe, estaban tan entusiasmados con él, que comprendian que no habia otro más digno de la felicidad que podria brindar el amor de Marina.

Mientras la joven se instruía en el idioma de los españoles, y aprendía con verdadera fe las doctrinas del catolicismo, dispuso Hernan Cortés que comparecieran ante él todos los prisioneros.

Estos obedecieron poseídos de un inmenso terror.

Cuando los sacaron de las prisiones se figuraron que los llevaban al sepulcro.

Hernan Cortés los recibió con la mayor bondad.

Apénas estuvieron en su presencia:

—No temais, les dijo; os he tenido presos para libraros de la furia de nuestros hermanos.

Ya está todo tranquilo; ya me consideran como vencedor.

Ahora os dejo á todos en libertad.

Si sé vencer, sé perdonar también.

Volved á vuestra casa.

Decid á todos que no quiero la guerra, que deseo la amistad de los caciques de Tabasco y de las demas provincias limítrofes.

Decidles que yo vengo á brindarles felicidad.

Los indios, haciendo las mayores demostraciones de gratitud, partieron á reunirse con sus hermanos.

Al poco tiempo volvieron cargados de maíz, gallinas y otros víveres para obsequiar á sus vencedores.

Estos indios precedieron á una embajada que envió el cacique de Tabasco á Hernan Cortés, pidiéndole la paz.

Hernan Cortés se aprestaba á recibirla, cuando Marina dijo á Aguilar que los enviados del cacique de Tabasco no eran personas principales, y que su nombramiento para embajadores indicaba desprecio por parte de su jefe.

Esta observacion fué de gran precio en lo sucesivo para los españoles.

Hernan Cortés se negó á admitir á aquellos indios, diciéndoles por medio de Aguilar que indicasen al cacique que deseaba su amistad, y que le enviase personas más dignas de acercarse á él.

No se hicieron esperar los nuevos embajadores.

Una mañana se presentaron treinta indios con profusion de adornos de oro y grandes penachos de plumas.

Acompañábanles varios esclavos con presentes para los españoles.

Hernan Cortés convocó entónces á sus capitanes para recibir á los embajadores con gran pompa, y cuando llegaron éstos salió á su encuentro con solemne gravedad.

La ceremonia fué en extremo curiosa.

Hallábase sentado Hernan Cortés, y tenia en torno suyo á sus capitanes.

Aguilar estaba á su derecha.

Penetraron primero en el adoratorio, donde tenia lugar la escena, cuatro indios con braserillos de metal dorado, y acercándose al sitio que ocupaba Hernan Cortés, colocaron en tierra los braserillos y arrojaron sobre las áscuas olorosos perfumes para incensarle.

En seguida penetraron en el recinto los embajadores, y detrás de ellos los demás esclavos.

Uno de los más principales caciques habló á Hernan Cortés, pidiéndole perdon por la guerra que habian empeñado contra él los habitantes de Tabasco.

—Os creemos un poderoso enemigo de nuestra independencia, pero dominados por vuestro poder, y mas aún, por vuestras bondades, venimos á implorar vuestra gracia y á ofreceros la amistad de nuestro cacique.

Aguilar, en nombre de Hernan Cortés, les contestó, diciéndoles cuán grande era la indignacion de los españoles al ver la acogida que les habian dispensado los indios.

—Pero ya os habeis convencido de nuestro inmenso poder, añadió.

Todos vuestros esfuerzos serán siempre inútiles: á nuestro lado pelea un poder supremo.

Si estais verdaderamente arrepentidos, si ofrecéis obediencia, os perdonaré y proclamaré con vos la paz.

—Es nuestro mayor deseo, contestaron los indios.

—En ese caso, añadió Aguilar, como una prenda de la amistad que hoy se pacta entre nosotros, mi señor os ofrece estos agasajos.

Cuatro soldados presentaron á los embajadores cuatro bandejas llenas de aquellas infinitas chucherías que llevaban para deslumbrar á los indios.

Agradecieron éstos en extremo estas demostraciones, y pidieron permiso para retirarse, ofreciendo que al día siguiente iría el cacique de Tabasco á visitar á Hernan Cortés con todos sus capitanes, pagándole entónces las dádivas que le enviaba.

El cacique cumplió, en efecto, su palabra, llevando al día siguiente á los españoles adornos de algodón hilado, plumas de vistosos colores y láminas de oro.

Los capitanes que le acompañaban fraternizaron con los de Hernan Cortés, y los indios, al saber que Caoniana habia profesado la religion de los españoles, se dirigieron á ella implorando su proteccion, para que no volviera nunca á estallar la guerra en el país.

Antes de despedirse, dijo el cacique á Hernan Cortés:

—Estoy tan agradecido á vuestras bondades, y tengo tal confianza en vuestra amistad, que si me dais licencia, volveremos á la ciudad de Tabasco, traeremos á nuestras familias, viviremos en vuestra compañía, y de esta manera podremos prestaros toda clase de servicios.

Despidiéronse el cacique y Hernan Cortés, quedando éste muy satisfecho de la proteccion que le dispensaba la Providencia.

Otro motivo de felicidad habia en su corazon: el amor.

CAPITULO XXXIV.

El manantial de la vida.



UE feliz era Marina!

¡Con qué afan aprendia y guardaba, en su memoria las palabras del idioma castellano!

¡Con qué entusiasmo deseaba poder hablar con Hernan Cortés!

No trascurrió mucho tiempo sin que comprendiera todo lo que la decian en español, por más que no pudiese contestar más que con algunas palabras.

Aunque profesaba con verdadera fe la religion cristiana, no habia podido aún desprenderse de algunas preocupaciones anejas á sus antiguas creencias.

Un día, perdido el miedo ya, entró en la estancia en donde Hernan Cortés descansaba, y le halló triste.

Queriendo distraer su pena, cantó un arcito con dulcísima voz.

El caudillo la escuchaba embebecido.

Parecíale su cántico el gorgéo del ruiseñor en una de esas noches de luna que sólo hay en los trópicos.

Cuanto más contemplaba la belleza de Marina, más amor sentia hácia ella.

Pero no se atrevia á coger en sus manos aquella flor, temeroso de marchitarla con su aliento.

—Marina, dijo de pronto.

La india corrió á su lado, y poniéndose de rodillas ante él, y colocando graciosa é inocentemente las manos cruzadas sobre uno de sus hombros:

—¿Qué quereis? le dijo.

Y con su ardiente mirada le reveló una vez más que era su esclava.

—Estoy muy triste, murmuró Hernan Cortés.

—¿Por qué, señor?

—Ni yo mismo me lo explico.

—Vos, que os hallais protegido por el cielo, ¿teneis tristeza?

—Creo que va á faltarme su gracia, porque cruzan por mi mente ideas que me hacen indigno de su proteccion.

—¿Qué temeis?

—He vencido á un poderoso ejército, y sin embargo, no voy á poder vencerme á mí mismo. ¿Quién sabe si en esta lucha encontraré la muerte!

—¿La muerte vos? exclamó Marina, queriendo darle en una mirada toda su vida.

—Sí, Marina, sí, la muerte.

—Oid, dijo la jóven; voy á revelaros un secreto que juré guardar eternamente; pero para vos no tengo, no quiero tener nada oculto.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando yo estaba en Xicalango, en poder de una india, que queria hacerme esclava de un hombre, hácia el que no sentia mi alma más que odio, cayó enfermo, estuvo á punto de morir, y una noche, en la que no habia luna, me llamó, y cogiendo mis manos al acercarme á su hamaca:

—"Caoniana, me dijo, voy á morir, y es necesario que no muera.

"Vé ahora mismo á Tabasco; tardarás dos dias y dos noches en llegar; pero podré esperarte.

"En el bosque, cerca de una palmera que se destaca sobre todos los demas árboles, nace un manantial de un agua cristalina.

"Brotas de las entrañas de una roca, y al lado suyo crece una planta de un verde muy vivo, de hojas estrechas.

"En una calabaza traeme agua de aquel manantial y algunas hojas de la planta que crece en la misma roca.

"Tomando un brevaaje que con la planta y el agua sé yo hacer, encontraré la salvacion."

El pobre indio se engañaba.

Antes de que saliera yo á cumplir su órden murió.

Desde entónces he guardado el secreto; ni aun á mis mismos hermanos se lo he confiado para que pudieran luchar impugnemente con vos.

Venid, venid conmigo; hebed el brevaaje, y no temais á la muerte: yo os lo aseguro.

—¿Crees tú en las palabras de aquella mujer? preguntó Hernan Cortés.

—¡Oh, sí! Era maga.

—¿Y sabes tú dónde se halla esa roca y ese manantial?

—Desde que salí de Xicalango para venir á vivir á Tabasco, lo he visto muchas veces.

Un dia bebí aquel agua y quedé profundamente dormida.

¡Oh! ¡Qué dichosa fuí durante el sueño!

Hernan Cortés respondió con una amarga sonrisa á esta sincera exclamacion.

—¿No me creeis? preguntó Marina. Venid conmigo ahora.

—No, no, dijo el valiente capitan.

Y despues de una breve pausa, en la que luchó de una manera horrible:

—Mañana al amanecer vé al bosque; yo iré á buscarte, y me conducirás al pié de la roca en donde brota ese manantial de la vida.

Marina se separó ébria de gozo de su lado.

Le amaba sin explicarse el sentimiento que sentia hácia él.

Más que amor, era adoracion.

No habia en ella egoismo.

Si por hacerle un instante feliz hubiera necesitado darle la vida, la hubiera sacrificado con el mayor gusto.

Al salir de la estancia de Hernan Cortés para buscar al padre fray Bartolomé de Olmedo, que era el que se había encargado de su educación religiosa, la bella india cruzó por delante de un grupo de soldados.

No había uno solo que no experimentara el influjo de su belleza.

—Parece que te se van los ojos detrás de ella, dijo uno á otro.

—Tú también la has mirado con malas intenciones.

—Es una mujer capaz de volverle á uno loco.

—A todos nos tiene con el alma en un hilo.

—¡Cuidado que es hermosa!

—Lo único que la salva es que nos ha inspirado á todos los mismos deseos.

—Lo que yo sé, dijo otro de los soldados, es que he notado que nuestro general está enamorado de ella.

—Quién, ¿él? ¡Si no le gustan las mujeres!

—Ademas, está casado.

—A mí se me ha metido en la cabeza que la tal Marina le ha trastornado el juicio.

—Si así fuera, bien merecido lo tiene, porque es un héroe.

—Sí, pero....

—¡Silencio! dijo Pedro de Alvarado, acercándose al grupo de los murmuradores. De esa mujer no se habla sino para bendecirla.

Pedro de Alvarado estaba tan enamorado como Hernan Cortés de la jóven.

CAPITULO XXXV.

Amor.

El día siguiente, después de una noche de insomnio, la idea se había convertido en pasión en Hernan Cortés.

—¡Oh! exclamó. Esa mujer me subyuga.

Los capitanes fueron á verle muy temprano.

—¿Qué disponeis? le dijo Pedro de Alvarado.

—El cacique de Tabasco debe volver hoy con las familias principales de la ciudad á recuperar sus hogares....

Yo no sé lo que siento....

Hace ya algunos días que no luchamos, y esta tranquilidad me hace daño.

Voy á hacer ejercicio; voy á dar un paseo á caballo.

—Os acompañaré.

—No.

—¿No temeis una emboscada?

—Los indios son nuestros amigos.

Quedaos á recibir al cacique, y dejadme disfrutar de la paz. Quiero un momento de libertad.

—Marina ha salido muy temprano hácia el bosque, se dijo Pedro de Alvarado.

¿Irá á buscarla?

Hernan Cortés montó en un brioso alazan, y partió hácia el bosque.